



Trace. Travaux et Recherches dans les
Amériques du Centre

ISSN: 0185-6286

redaccion@cemca.org.mx

Centro de Estudios Mexicanos y
Centroamericanos
México

Pine, Adrienne

“Tu eres gallo... pero la de los huevos soy yo”: Producción y género en las maquiladoras
de Honduras

Trace. Travaux et Recherches dans les Amériques du Centre, núm. 55, junio, 2009, pp.
63-75

Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos
Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=423839511005>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

"Tu eres gallo... pero la de los huevos soy yo"

Producción y género en las maquiladoras de Honduras

Adrienne
Pine

Resumen: En Honduras, la industria maquiladora con sus prácticas disciplinarias y modernas, es vista por muchas personas como una fuerza protectora contra la violencia extrema de las maras y de las calles que es el enfoque principal del discurso diario hondureño. Sin embargo, la industria maquiladora, y las políticas militares y neoliberales (implementados por el FMI y el Banco Mundial) de las cuáles se aprovecha directamente, están estrechamente ligados con las prácticas de violencia asociadas al género. Estas incluyen tanto la práctica del control estricto de las opciones de fertilidad de las operarias como el genocidio invisible de niños y hombres jóvenes quienes se encuentran sin posibilidades de empleo a causa de la flexibilización y la feminización del trabajo en Honduras. Enfocando en la maquiladora como sitio de producción y reproducción, este artículo examina las formas complejas en las cuales nuevos roles de género se negocian dentro de un contexto hondureño de violencia estructural, callejera, laboral y simbólica. Dentro de ese contexto, muchos hondureños opinan que las maquiladoras presentan oportunidades liberadoras. Aquí se toma en serio la idea que el lugar de trabajo puede (re)producir sujetos liberados, ocupando una definición muy amplia del concepto. Aunque el trabajo de maquiladora disciplina el cuerpo capitalista en términos de género, controlando hasta las acciones más íntimas de las obreras y los obreros, les proporciona nuevos contextos en los cuales pueden renegociar sus roles de género—mediante el chisme, enfrentando sus jefes de trabajo y los dueños de sus fábricas y también empleando su nuevo capital financiero y cultural para afirmar su independencia fuera del lugar de trabajo y efectuar la liberación mediante el consumismo moderno.

Abstract: In Honduras, the *maquiladora* industry, with its disciplinary and modern production practices, is seen by many as a bulwark against the gang and "random" violence that pervades Honduran streets and is the central focus of everyday conversation. However, the *maquiladora* industry, and the military and IMF/World Bank-led neo-liberal policies from which it directly benefits, are intimately tied to gendered practices of violence. These range from the unwelcome control of women workers' fertility options to the invisible genocide of emasculated young men rendered unemployable as a result of the flexibilization and feminization of labour in Honduras. Focusing on the *maquiladora* as a site of production and reproduction, this article examines the complex ways in which new gender roles are being negotiated in a Honduran context of structural, street, workplace, and symbolic violence. Within this context, many Hondurans see *maquiladoras* as presenting liberatory possibilities. The assertion that the workplace can (re)produce liberated subjects (using a broad definition of the concept) is taken seriously here. For even as *maquiladora* work disciplines the gendered capitalist body by confining and controlling the most minute actions of workers, it provides new contexts for young women and men to actively renegotiate their gender roles—through gossiping with their coworkers, standing up to managers and factory owners, and using their newfound cultural and financial capital to assert independence outside of the workplace and enact liberation through modern forms of consumption.

Résumé: Au Honduras, l'industrie *maquiladora*, avec ses pratiques disciplinaires et modernes de production, est vue par plusieurs comme un rempart contre la violence de gang et gratuite qui imprègne les rues honduriennes et qui constitue le sujet central des conversations quotidiennes. Toutefois, l'industrie *maquiladora* et les politiques militaires et néolibérales (mises en avant par le Fonds monétaire international et la Banque mondiale) desquelles elle profite directement, sont intimement liées aux pratiques sexistes de violence. Celles-ci vont du contrôle strict des options de fertilité des travailleuses au génocide invisible des jeunes hommes qui se retrouvent sans possibilité d'emploi en raison de la flexibilisation et la féminisation du travail au Honduras. En mettant l'accent sur la *maquiladora* comme site de production et de reproduction, cet article examine les façons complexes dont les nouveaux rôles de genre se négocient au sein d'un contexte hondurien de violence structurelle, de rue, de travail et symbolique. Au sein de ce contexte, plusieurs Honduriens estiment que les *maquiladoras* présentent des opportunités de libération. Cette déclaration selon laquelle le lieu de travail peut (re)produire des sujets libérés (dans le sens large du concept) est prise au sérieux ici. Même si le travail de la *maquiladora* discipline le corps capitaliste suivant le sexe en confinant les travailleurs et en contrôlant même leurs plus petites actions, il fournit de nouveaux contextes aux jeunes femmes et hommes où renégocier activement leurs rôles de genre—à travers les commérages entre travailleurs, la confrontation avec les gérants et les propriétaires d'usines, et aussi en employant leur nouveau capital culturel et financier—pour affirmer leur indépendance en dehors de leur lieu de travail et jouer leur libération à travers des formes modernes de consommation.

[Violencia estructural, Honduras, neoliberalismo, género, maquiladoras]

UNA LIBERACIÓN VIOLENTA

Mientras me trasladaba en un taxi hacia el centro maquilero de Choloma desde San Pedro, el conductor me preguntó qué hacía en Honduras. Al escuchar que estaba estudiando los efectos de las maquilas en la región, dijo: "Ahhh, la maquila. La maquila vino aquí a *liberar* a las mujeres."

—“¿Cómo?”— pregunté. “Antes, una mujer no podía hacer nada. Ahora es *libre*: *libre* para ir a McDonald’s en San Pedro, *libre* para ir al cine, *libre* para comprar ropa si le da la gana”.

La industria maquiladora hondureña adquirió fama en Estados Unidos en 1996 cuando se supo que la marca de ropa nombrada en honor a la princesa de la televisión matutina, Kathie Lee Gifford, era elaborada por niñas de 13 años. El surgimiento de la industria maquiladora también en Honduras ha correspondido con numerosos explosivos y, a menudo, contradictorios desafíos en relación a las ideologías de género.

Las trabajadoras de la maquila son representadas por los opositores a la industria en Estados Unidos como las víctimas feminizadas de un sistema opresivo y abusivo. De hecho, al igual que en otras fábricas alrededor del mundo y en entornos de trabajo similares, muchas mujeres hondureñas maquiladoras son acosadas sexualmente por sus jefes, sufren efectos dañinos en su salud física y emocional y se les niegan sus derechos laborales básicos cuando denuncian dichas afrentas. Además, afrontan el ser despedidas al enfermarse, quedar embarazadas o por organizarse en sindicatos. Todo esto se inscribe en un contexto neoliberal de violencia estructural extrema, que Paul Farmer llama “la nueva guerra contra los pobres” (Farmer 2005). La violencia estructural es un aspecto de la estructura simbólica del ambiente en que muchas veces se encuentran los pobres: un ambiente de pobreza, hambre, exclusión social y humillación (Scheper-Hughes & Bourgois 2004: 1).

Pero en Honduras, cuando se habla del ambiente de violencia, no se trata de violencia estructural ni laboral. Se trata de asesinatos extrajudiciales y de un peligro público, joven y masculino. En 2007, según las estadísticas del Observatorio de la Violencia (del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo/PNUD), la tasa de mortalidad nacional fue de 49.9 por 100 000 (Observatorio de la Violencia 2008). La violencia física que va dirigida contra los pobres (aunque los ricos no son inmunes) ha sido el enfoque principal de un diálogo público desde hace más de una década. Durante el periodo de alrededor de siete años después de 1997, cuando empecé mi trabajo de campo en Honduras, se designaba como principales responsables de la violencia a las bandas juveniles llamadas maras. Las maras hondureñas (la 18 y la ms, de origen salvadoreño-angelino, siendo las más grandes) están integradas principalmente por niños y jóvenes de sexo masculino, desempleados, en un contexto de desempleo de casi 30%, lo cual resulta de modo parcial de la feminización del trabajo causada por la industria dominante de la maquila y de la “flexibilización” del trabajo exigido por el Banco Mundial y la FMI (Central Intelligence Agency 2008; Pine 2008: 17-22). En lo que se refiere a los integrantes de maras, y a todos los jóvenes desempleados, lo he denominado una “demográfica excesiva” (Pine 2008: 200). Como consecuencia de la idea hegemónica del peligro total que representaron las maras a principios de milenio, los hondureños votaron por una política judicial de seguridad extrema: Mano Dura. Dicha política, que apuntaló la campaña presidencial del expresidente Ricardo Maduro (2002-2006), resultó en un incremento de asesinatos con la justificación de “limpiar las calles”. Por eso, estos eventos dramáticos se pueden clasificar como genocidio invisible, ya que el Estado hondureño ha participado en la exterminación de su demográfica excesiva (Pine 2008; Scheper-Hughes 1982).

Los portavoces de la industria maquiladora destacan las oportunidades que se les brindan a las jóvenes, así como el impacto modernizador de la industria al contrastarlo con la violencia de las maras y pandillas que prevalece afuera de los muros de la fábrica. A pesar de estas declaraciones, existe muy poca evidencia que muestre que el incremento en el empleo de mujeres en las maquilas corresponda con un progreso social en términos de acceso a la educación y la calidad de la misma, la infraestructura y seguridad públicas, y el incremento en las oportunidades a fin de mejorar las condiciones de vida de las jóvenes y sus familias. Pese a estos argumentos, existe otra postura opuesta que encontré en la investigación etnográfica sobre el aspecto de la violencia estructural en Honduras. El hallazgo principal es que las maquiladoras son vistas por muchos hondureños, incluyendo las y los trabajadores, como liberadoras.

En el presente artículo, propongo que el trabajo en la maquila funciona como parte de una estrategia internacional neoliberal, llamada desarrollo, en la cual la reelaboración de los roles de género dentro y fuera de la fábrica juega un papel central. Muchos autores han escrito sobre los efectos de varias formas de violencia en la fábrica y las estrategias creativas utilizadas por mujeres y hombres para reimaginarse en diferentes culturas, tanto regionales como gerenciales (e.g. Fernández-Kelly 1983; Méndez 2005; ONG 1988; Salzinger 1997; Sklair 1989; Tiano 1994). A veces los cambios efectuados en los roles de género son analizados como resistencia, otras veces como adaptación. En el caso de Honduras, las ideologías de género que dominan y la necesidad de ejercer control sobre la sexualidad al interior de la maquila se relacionan con una ideología de violencia masculina que requiere ser controlada a nivel nacional. Cuando las y los trabajadores aceptan las ideologías de género y desarrollo de la industria maquiladora, se presenta la violencia simbólica —“La violencia que es ejercida sobre un agente social con su complicidad” (Bourdieu & Wacquant 1992: 167)—, mientras que la industria les ofrece empleo y la mínima dignidad que una pequeña cantidad de dinero pueda comprar. De la misma manera que la violencia estructural, la violencia simbólica es más difícil de reconocer y expresar que la violencia física, la cual es palpable y sus efectos se sienten de inmediato. La violencia en todos sus aspectos —incluyendo

la estructural, la simbólica y la física— es parte de la “acción pedagógica, anónima y persuasiva” mediante la cual se forman las subjetividades (Butler 1997).

PELIGRO FEMENINO

Aunque las trabajadoras de las maquiladoras pudieran estar “liberadas” —en el sentido en que el conductor de mi taxi utilizó el término, como consumidoras a pequeña escala—, la libertad recién descubierta de estas mujeres no se traduce en un incremento significativo de los estándares de vida. De hecho, las *operarias*, al adquirir un cierto grado de independencia económica mientras que sus compañeros de hogar se encuentran desempleados, han llegado a representar tanto el progreso como el peligro. Este peligro me lo explicó Carlos Guillén, un investigador y sociólogo del Instituto Hondureño para la Prevención del Alcoholismo Drogadicción y Farmacodependencia (IHADFA):

A mi me gustaría que saliéramos por ahí donde están las discotecas para que vieras cómo está bebiendo la mujer. Si fuésemos nosotros al interior del país, a ciudades que están cerca de San Pedro Sula, más próximas al puerto... toda la actividad que se desarrolla ahí alrededor, en esa nave, en esa maquiladora... alrededor de ella, lo que vas a ver son discotecas, centros donde se ingieren bebidas alcohólicas; eso... que me gustaría que lo comprobaras... es cuando visitamos las casas cuando están trabajando, en sus horarios diurnos. Si los hijos no están en una guardería donde se los cuidan, si están en la casa, quienes los están cuidando es el marido de ella, eso que te digo la trasposición del rol, y entonces una serie de conductas que ha manejado el hombre... macho, se la está apropiando la mujer, no sé cómo decir la mujer macha,... ese mismo rol, pero el problema... es que la mujer siempre fue abandonada por el hombre y ella siempre educó a sus hijos, los sacó adelante. Si estas jóvenes se nos llegan a convertir en bebedoras consuetudinarias, y ojalá que no en alcohólicas, quién va a ver por sus hijos... entonces así presentimientos a largo plazo, referentes a este problema, la gente no los tiene, no está preparada, se lo hemos advertido, estos niños... que hoy están consumiendo pegamento, estos niños que hoy están robando espejos de los vehículos, que robaban las marcas de los vehículos, las copas de las ruedas, un día van a robar otras cosas.

El trabajo en las maquiladoras plantea una amenaza al patriarcado y a la reproductividad en Honduras. Como Philippe Bourgois argumenta en su análisis de la transformación de la cultura “jíbara” entre los puertorriqueños de Nueva York, las nociones reconfiguradas de género que surgen del incremento de la disponibilidad de empleo femenino en las maquilas hondureñas, han debilitado la posición de los hombres sin proveer una mejoría correspondiente en las perspectivas de las mujeres a largo plazo (Bourgois 2003: 214-215). Además, en Honduras, se explica el incremento de maras a través de la mala crianza, que es interpretada como el resultado de la inserción al mercado laboral de las madres de familia. Como sujetos productivos es difícil que ellas cumplan las expectativas reproductivas de la sociedad. A pesar de su vulnerabilidad estructural, las trabajadoras de la maquila, retratadas por la sociedad hondureña de forma diversa: como mujeres liberadas, borrachas, víctimas, malas madres y prostitutas, activamente se resisten a ser victimizadas por sus empleadores, por los miembros de su familia y por la sociedad en un contexto de violencia más amplio.

LA INDUSTRIA NEOLIBERAL NACIÓ EN LA GUERRA

Para comprender por qué el trabajo en las maquilas puede interpretarse como liberador, es necesario observar el contexto tanto social como histórico. La industria maquiladora tuvo sus inicios en Honduras en 1976 con la aprobación de una ley que autorizaba la construcción de una zona de libre mercado (ZOLI, “Zona Libre”) en Puerto Cortés. Con el paso del tiempo, nuevas regiones se convirtieron en zonas de libre mercado y se aprobaron nuevas leyes para impulsar este tipo de desarrollo. Una de las más importantes provino del extranjero: la Iniciativa de la Cuenca del Caribe (icc), creada en 1983 por el expresidente de EE UU. Ronald Reagan. La icc fue una estrategia de la Guerra Fría en un momento en el cual muchos creían, dentro del gobierno de EE UU., que Nicaragua, El Salvador y otros países podrían aliarse con Cuba y representar una amenaza del bloque soviético en el traspaso de EE UU. La iniciativa original de la Cuenca del Caribe otorgó 10 millones de dólares en ayuda militar sólo a Honduras (Leo Grande 1998: 151), a pesar de que Honduras no estaba involucrada de manera oficial en una guerra. Reagan consideraba la icc principalmente como un medio para canalizar financiamiento militar a El Salvador (aunque no fue capaz de expresarlo de esa manera) en su cruzada por ganar la Guerra Fría como la percibía (*ibid.*).

El crecimiento de la industria maquiladora en Honduras está por lo tanto en deuda con las mismas fuerzas que fomentaron el desarrollo del escuadrón de la muerte Batallón 316 de la contrainsurgencia en Honduras en la década de 1980, el cual, entrenado por la CIA y contando con la aprobación del entonces embajador de EE UU., John Negroponte, fue responsable de cientos de desapariciones, torturas y asesinatos. Después de más de dos décadas, las fuerzas de la industria y el militarismo todavía continúan entrelazados, un producto poco conocido del conjunto militar-industrial internacional. La industria maquiladora multinacional en Honduras aún continúa beneficiándose con éxito de la ICC, que fue actualizada en el año 2000. Por su parte, el gobierno hondureño estuvo al servicio de los intereses de la industria durante la mayor parte de la presente década al promover una política de control de crimen de Mano Dura, la cual explícitamente y de modo favorable contrastaba las modernas maquiladoras con la violencia callejera cotidiana.

La Asociación Hondureña de Maquiladores (AHM) afirmó que entre 1989 y 1998 el sector creció de 8 000 a 100 000 trabajadores (AHM 2004). La cifra de empleados alcanzó su máximo en 2000 con 125 000. En agosto de 2002, descendió a 107 000 –aún así dicha cifra resulta relevante en un país con apenas (en aquel entonces) 6.5 millones de habitantes. La AHM declaró que Honduras era el proveedor número uno de ropa para el mercado estadounidense de 1998 a 2002, entre los países centroamericanos, y el tercero en el mundo para 2002. En 2008 aún se encontraba entre los diez primeros, compitiendo con Camboya por el séptimo lugar a nivel mundial (Armbruster-Sandoval 2003; Anónimo 2008).

Los efectos demográficos de la industria son relevantes. En términos de migración, mujeres de todos los rincones del país han emigrado en cifras tan numerosas al punto de afectar de manera importante el balance de género entre las edades de 15 a 35 años en la región de San Pedro Sula (Secretaría de Industria y Comercio 1999: 229). En Choloma y en algunas otras ciudades maquileras, la emigración interna ha contribuido a triplicar la población en una década. El impacto de la industria maquilera en la feminización del trabajo ha dejado a los jóvenes en una posición especialmente vulnerable. Incapaces de encontrar empleo legítimo, sus opciones son pocas: depender de las mujeres, tomar empleos ilegítimos y a menudo vinculados al crimen, o emigrar a EE UU. Los jóvenes desempleados son el blanco de las políticas neoliberales de control de crimen al ser considerados miembros de maras o delincuentes, sin importar si lo son o no.

La presencia de la industria maquiladora en Honduras está históricamente enraizada en procesos violentos, incluyendo la creación de una deuda externa a través del control colonial y post colonial externo de los recursos naturales y humanos. Esta deuda hace posible que acreedores como el FMI establezcan políticas de estado neoliberales que recortan las medidas de protección ambiental y de los trabajadores y dismantelan la red de seguridad social. Además, como sucedió años atrás con las industrias minera y bananera, las maquiladoras están íntimamente vinculadas con la política militar. La ICC y la militarización de la sociedad civil (para mejorar la “seguridad” y atraer la inversión extranjera) son dos ejemplos de ello.

LA MAQUILADORA: LA CAUSA Y LA SOLUCIÓN A LA VIOLENCIA

La obsesión hondureña con la violencia callejera y de las maras *afuera* de las maquiladoras hace que éstas parezcan un oasis de paz. De hecho, sus defensores las presentan como una respuesta ante la violencia, ya que ofrecen la promesa de puestos de trabajos, desarrollo y progreso. Cuando la ICC fue aprobada originalmente, los demócratas en el Congreso de EE UU., quienes votaron a su favor, percibieron su componente económico como un medio para enfrentar los problemas de la pobreza y el llamado “subdesarrollo” en la región. Dichos problemas eran entendidos como las causas de la violencia regional. Por lo tanto, aunque Reagan tuvo éxito al hacer llegar su financiamiento militar a la contrainsurgencia hondureña a través de la ICC, muchos liberales estadounidenses veían las maquiladoras beneficiarias como la fuerza de impulso de la paz, la seguridad y la modernización de la región.

Internacionalmente el debate generalizado sobre el tema de las industrias exportadoras-procesadoras de textiles continúa polarizado en gran extremo. En Estados Unidos, la conciencia de la industria maquiladora hondureña ha ido adquiriendo forma a partir de varios eventos ocurridos desde la década de 1990. Uno de estos momentos formativos fue el careo público de Kathie Lee Gifford, mencionada anteriormente. Las campañas de grupos como *United Students Against Sweatshops* (Estudiantes Unidos en Contra de las Maquilas) y el movimiento afiliado *Sweat Free* (Libre de Explotación) en las ciudades universitarias a lo largo de Estados Unidos han contribuido a concebir el problema de las maquiladoras como un problema de abuso laboral. La mayoría de los sindicatos con sede en Estados Unidos ha tomado una postura similar al argumentar que la práctica actual de subcontratar la manufactura de productos destinados al mercado estadounidense no sólo destruye puestos de trabajo estadounidenses sino que representa también una carrera en retroceso por necesidad. La competencia por salarios más bajos y menos reglamentos en esta carrera ha empeorado las condiciones laborales y menguado el seguimiento legislativo en todas partes.

En 2003, cerca de 70% de los trabajadores en las maquilas eran mujeres, con hombres empleados en puestos que requerían más autoridad o en trabajos más pesados (Banco Central de Honduras 2003). Aunque las mujeres son contratadas con mayor frecuencia que los hombres, reciben un salario menor; además, el desbalance de género y la estratificación del espacio laboral han dado como resultado una serie de dificultades adicionales para las mujeres. Las adolescentes a menudo dejan la escuela para trabajar en las maquilas. Los problemas de salud son comunes, incluyendo desmayos inexplicables con regularidad e infecciones de riñón y tuberculosis. El hostigamiento sexual también es una constante, así como la práctica ilegal de negar el pago y la baja por maternidad, y despedir a mujeres embarazadas sin una causa justa. Muchas de las mujeres maquiladoras con hijos e hijas son madres solteras, en parte debido a la falta de oportunidades económicas para los hombres. Las y los trabajadores de las maquilas con frecuencia son despedidos al llegar a la edad de 30 o 35 años y cuentan con muy pocas habilidades que ofrecer en el mercado laboral y comercial.

La lista de problemas es interminable y similar a las quejas que surgen en cualquier región del mundo con fábricas de textiles en zonas de libre mercado. Como en otras áreas semejantes, los partidarios de las maquiladoras las presentan como una de las mejores opciones disponibles para muchas mujeres jóvenes y como algo vital para el desarrollo nacional. Dos anuncios publicitarios de julio del año 2000 patrocinados por la AHM y difundidos en todo el país por *La Prensa* de San Pedro ilustran dicha perspectiva. El primero muestra una mujer sin esperanzas viendo hacia fuera desde un portal empobrecido, que hace la siguiente pregunta: “¿Qué haría Honduras con 120 000 desempleados más?”. El segundo muestra varios niños felices en un aula escolar limpia que afirman: “Gracias a las maquilas una nueva era ha comenzado en Honduras”. Ambos anuncios declaran: “Las maquilas son el punto de partida del futuro industrial de Honduras”.

Quizá de modo más burdo, durante muchos años, se proclamaba en letras inmensas pintadas en los tanques de agua de Choloma en la autopista de San Pedro Sula: “*Exportar es progresar.*” Las afirmaciones de que las maquiladoras traen el progreso se basan en dos suposiciones. La primera es que de no ser por las maquilas, habría poco o ningún empleo disponible. Este argumento es erróneo ya que se basa en la evidencia de que en la actualidad existen pocos empleos fuera de las maquilas. Además, rechaza la posibilidad de que sino fuera por la hegemonía de la industria maquilera y el control externo de la política económica de Honduras, podría haberse desarrollado algo más equitativo. La segunda es que los precursores suponen que el “desarrollo” es el resultado directo de la presencia de la industria maquilera (e.g. Kristof 2006). Sin embargo, esta declaración es poco probable. Los salarios reales no han mejorado desde que las maquiladoras llegaron a Honduras (Moncada Valladares 1996), y mientras se han construido carreteras y otras obras de infraestructura en ciertas regiones en beneficio de la industria, el país no ha visto progresos en educación, empleo, salud pública y seguridad, que deberían de ser una parte intrínseca del desarrollo.

Los medios de comunicación hondureños (propiedad de las mismas familias que a su vez son dueños de los parques industriales y las maquiladoras) reaccionan con enfado ante los opositores internacionales de la industria y los acusan de intervenir en asuntos internos. En 1996, *La Prensa* publicó una serie de editoriales que criticaba a Charles Kernaghan (dirigente del Comité Nacional de Obreros/*National Labor Committee*, y el acusador de Kathie Lee), al igual que a otras organizaciones de derechos humanos y sindicatos de EE UU. Uno de ellos, titulado “Non grato”, afirmaba: “Si Kernaghan continúa entrando al país libremente y se le permite practicar con impunidad su terrorismo psicológico contra un sector de nuestra industria tan importante, los efectos podrían ser devastadores para nuestra economía y estabilidad nacional” (Anónimo 1996b). Otro más que llevaba por título “Distinta Marioneta” (Anónimo 1996a) atacaba a los simpatizantes hondureños de Kernaghan por llevar su lucha contra la industria maquiladora a Estados Unidos:

El presidente del Consejo Hondureño de la Empresa Privada (COHEP) fue contundente:

“¿Por qué tenemos que ir al senado estadounidense? Ni siquiera han sido denunciados en el país. Creo que es una falta de respeto, es no tener dignidad”.

Aquellas voces defensoras de la soberanía y la dignidad nacional que ponen el grito en el cielo por la presencia de las tropas estadounidenses, ahora gimotean en el senado estadounidense para que los congresistas intervengan en nuestros asuntos y, claro, tal intervención será, sin duda, sumamente favorable para los votantes estadounidenses a costa de la subsistencia, la comida, el vestido, la educación y demás, de miles y miles de hondureños.

El mismo espectáculo, sólo que otra marioneta. ¡Deberíamos avergonzarnos!

El malestar hondureño ante la industria maquilera a menudo no se ha planteado en términos de desarrollo o violencia estructural sino más bien a partir de la moralidad de los empleados. El cambio de género en el empleo causado por la industria en Honduras, como en otras partes, amenaza la esencia del patriarcado tanto al negar a los hombres la posi-

bilidad de proveer sustento a sus familias como al emplear mujeres en campos de acción masculinos. Como lo explica Carlos Guillén, el empleo de mujeres en sectores tradicionalmente masculinos, las pone en riesgo de perder el control, la sobriedad y muchas de las características que antes definían su feminidad. Se ha descrito este tipo de subversión de género en Honduras como la receta para el desastre social, a pesar de que existe una jerarquía de género tradicional dentro de las fábricas.

Durante una entrevista le pregunté a Francisco, un joven amigo, si la maquila trajo el crimen. Su respuesta fue que la obrera emigrante perdía su inocencia al vivir en la gran ciudad con tantas tentaciones. En el análisis de Francisco, las mujeres de la maquila con facilidad se corrompen, se enferman y son sexualmente disolutas. Este mismo argumento es utilizado tanto por los críticos de las maquiladoras como por quienes las defienden, los últimos argumentan que, entre otras cosas, al emplear mujeres jóvenes las están rescatando de la prostitución. De hecho, es muy probable que las empleadas de las maquiladoras obtengan dicho trabajo para evitar convertirse en empleadas domésticas. No de modo coincidente, las empleadas domésticas son otro grupo que ha padecido los mismos prejuicios históricamente.

El incremento en las opciones laborales de las mujeres ha dado como resultado la importación de trabajadoras domésticas jóvenes de zonas rurales antes impensables, para la frustración y sorpresa de los integrantes más acomodados de la clase trabajadora. Por ejemplo, mi amiga Wendy tuvo que enseñarle a Martina, su empleada doméstica que vino de una aldea rural en el departamento de Lempira, cómo realizar la más simple de las faenas, desde calzarse los zapatos en el pie correcto hasta el uso de agua corriente. Las mujeres trabajadoras –en especial las mujeres trabajadoras pobres– son víctimas del conflicto entre ideologías de género y lo que Weber llama la “ética protestante” (la noción de que el trabajo duro y la buena moral traen consigo el éxito económico y, de modo inverso, que la pobreza es resultado de la indolencia y la inmoralidad) (Weber 1976). Cuando las mujeres rechazan los viejos conceptos sobre la feminidad para convertirse en trabajadoras “modernas” son despreciadas por hacerlo. La mayoría de las mujeres trabajadoras sí logra cierto grado de independencia económica (es decir “libertad”), sin embargo, son más explotadas que los hombres y raras veces pueden ganar lo suficiente para salir ellas mismas o sus familias de la pobreza.

POBRES POR NATURALEZA, VULNERABLES POR NATURALEZA, VIOLENTOS Y VIOLENTAS POR NATURALEZA

El sociólogo Carlos Guillén aseguró que las mujeres no deberían beber porque parecen hombres al hacerlo. De manera específica se refirió a las trabajadoras de las maquilas al argumentar que por su solvencia económica pueden beber e imitar, en todo lo demás, el comportamiento de los hombres. Continuó diciendo:

Lo sabes, es gente que... invierte en este país, en estos países, porque la mano de obra es doce veces más barata que en sus países... Nosotros en condiciones extremas de pobreza, pues, apreciamos estas oportunidades de trabajo. El problema que hemos observado es que son mujeres pobres en su mayoría, estamos hablando de 110 000 –digamos que sean 90, 100 000 mujeres las que trabajan ahí–, pues es obvio que el país se beneficia de eso. Pero como digo son mujeres jóvenes que no están preparadas para recibir esas cantidades de dinero en sus condiciones extremas de pobreza... como te digo... el dinero te puede dar una esperanza de salud física, pero te puede provocar un problema de salud mental. Reciben dinero y a veces no saben qué hacer con el dinero, eso es lo que te estaba diciendo acerca de cómo estaban cambiando ellas los roles.

El argumento de Guillén destaca una noción común y violenta de manera simbólica sobre los hondureños pobres al afirmar que no están preparados para –y por lo tanto no deberían– recibir ni siquiera pequeñas cantidades de dinero. Dentro de este discurso colonialista, los pobres, en este caso las mujeres pobres, son demasiado inestables e irresponsables de forma inherente como para manejar los atavíos de la abundancia. Lejos de solucionar su situación difícil, el dinero sólo aflora sus instintos más bajos. Contar con dinero propio hace que las mujeres sean menos femeninas (ya que dicho elemento de clasificación está en gran extremo definido por la dependencia económica en los hombres), al igual que el dinero en manos de los pobres, representados como criminales, únicamente hace que parezcan más criminales. De hecho, el dinero puede volver a los pobres más vulnerables. El día de pago, las y los trabajadores de las maquilas son blancos fáciles de los ladrones de su propia clase social, en general hombres jóvenes con pocas oportunidades para conseguir empleo. Es la vulnerabilidad estructural de los pobres, en vez de las características violentas que el imaginario colonial les atribuye, lo que hace que el dinero sea peligroso.

Si el trabajo expone a las mujeres a mayores peligros y a ser clasificadas de manera negativa, ¿para qué lo quieren? En parte, porque, como mujeres pobres, es probable que sean etiquetadas de cualquier modo negativamente. La mayoría de las mujeres trabajadoras prefiere la disciplina de la fábrica a la del trabajo doméstico. Como me han dicho varias trabajadoras una y otra vez, la fábrica permite el compañerismo y ofrece un salario relativamente decente, en tanto que el trabajo doméstico es sólo humillación. Decir que la maquila las libera, es verdad, aunque sea una verdad relativa y contradictoria.

LA NATURALEZA HONDUREÑA CONTRA “LA NATURALEZA”

El huracán *Mitch*, un evento extraordinario que afectó todos los aspectos de la sociedad hondureña, mostró las formas particulares en las cuales la fuerza laboral de las maquiladoras da forma a la subjetividad hondureña. Cuando *Mitch* desgarró Honduras en octubre de 1998, los medios locales e internacionales expresaron que el país había retrocedido por lo menos 20, 30 o incluso hasta 50 años. Muchos de mis informantes también mencionaron este argumento durante mis tres viajes por la zona en 1999. A pesar de mis repetidos intentos por descubrir exactamente *qué* habían dejado atrás, sólo me decían el “desarrollo”. Los ejemplos concretos de este retroceso se veían en las estructuras e infraestructura físicas: hogares, calles, edificios comerciales y gubernamentales, parques, puentes y tierras de cultivo habían sido borradas del mapa en todo el país, pero la manera a través de la cual la destrucción se convirtió en años fue un misterio para mí. Los cholomeños, cuyo pueblo devastó el huracán Fifi en 1974, me dijeron: “Apenas nos habíamos recuperado de Fifi y ahora volvemos a lo mismo”. El huracán *Mitch* se convirtió en un marcador clave tanto del tiempo absoluto como del tiempo perdido.

Para entender cómo el tiempo y por lo tanto el progreso se mide en Honduras y se traza en los cuerpos hondureños, debemos reconocer lo que Braudel llama “la pluralidad del tiempo social” (Braudel 1972: 13), examinando la intersección de la línea temporal de desarrollo abstracta con la línea temporal accionada por un evento. Esta última es afectada por intrusiones coloniales y de otro tipo, dictaduras militares y civiles y, en los casos de Fifi y *Mitch*, por desastres naturales. La línea temporal de desarrollo es la escala social evolucionista a través de la cual una nación progresa para pasar de “subdesarrollada” a “desarrollada”. Fuera del tiempo histórico, las suposiciones que subrayan este modelo son extraídas en gran medida de las narraciones de desarrollo de los primeros países industrializados. La economía “progresa” para amoldarse a un modelo industrial de libre mercado, las políticas “progresan” hacia una democracia electoral y la sociedad a su vez “progresa” mientras sus miembros cosechan los beneficios de la modernización bajo la forma de un estándar de vida más alto y mejores oportunidades para la auto-superación a través del trabajo y la educación (Escobar 1995; Scott 1998). Nada de esto se ha convertido en una realidad para Honduras, aún cuando sus gobernantes han acatado con disposición las órdenes de desarrollo neoliberales de los gobiernos extranjeros y de las instituciones internacionales que otorgan préstamos. Como afirma André-Marcel d’Ans: “Es importante rechazar la implacable ‘lógica del progreso’ que trata de convencernos de que todas las fallas que los hondureños padecen deben interpretarse como *retrasos*” (d’Ans 1998: 458). Esta “lógica del progreso” puede entenderse como violencia simbólica. Promover el desarrollo sin tomar en cuenta la violencia estructural sólo refuerza las estructuras de violencia.

Después del huracán, la retórica del tiempo de desarrollo se combinó con la opinión de que los pobres tenían la culpa de la destrucción de *Mitch*, para sacar adelante la agenda de los poderosos en Honduras. El oportunismo político y la corrupción florecieron (Meza & Centro de Documentación de Honduras 2002; Lafferty 1998). A diferencia de la industria agrícola, las maquilas sufrieron daños físicos menores y sólo leves retrasos en la producción con el paso de *Mitch*. No obstante, en diciembre de 1998 entró en vigor un congelamiento de salarios para ayudar a los propietarios de las maquiladoras a recuperar sus pérdidas. Además, el entonces presidente Carlos Flores amplió la zona de acción de las maquilas al declarar la totalidad del territorio nacional como Zona Franca Industrial. Esta movida pre-CAFTA se dio de conformidad con una agenda neoliberal más amplia promovida por las organizaciones financieras internacionales.

Como Jefferson C. Boyer y Aaron Pell afirman, aunque *Mitch* expuso el hecho de que el modelo de desarrollo orientado hacia las exportaciones de Honduras era insostenible, el gobierno sólo reforzó este modelo más tarde (Boyer & Pell 1999). En su “Carta de Intención” de 1999 para el FMI, el gobierno hondureño prometió implementar ajustes estructurales drásticos a cambio del dinero que requería para pagos de deudas y reconstrucción debido al huracán *Mitch* (Nuñez de Reyes & Barjum M. 1999). Fue así como las corporaciones multinacionales cosecharon los beneficios del huracán *Mitch* y los pobres quedaron aún peor que antes.

PRODUCCIÓN Y REPRODUCCIÓN: EL CUERPO FEMININO Y EL ATRASO

Mientras tanto, en vez de culpar a la violencia estructural, muchos hondureños sitúan el desarrollo a la inversa en los cuerpos de los hondureños. Una consecuencia del desarrollo económico, dentro del modelo de desarrollo, es la transición demográfica: un cambio desde índices de mortalidad y fertilidad altas a índices de mortalidad y fertilidad bajas. Al nacer y morir más personas que en los países desarrollados, los hondureños muestran continuamente su falta de modernidad.

Científicos sociales han creado una serie de métodos para cuantificar el concepto abstracto del desarrollo. Una de esas medidas es el Índice de Desarrollo Humano de Naciones Unidas (IDH). El IDH incluye estadísticas sobre variables económicas, políticas y sociales con un énfasis demográfico, e indica dónde se localiza cierto país dentro de su versión de la línea temporal de desarrollo. La condición de la mujer –vinculada de manera cercana con la baja fertilidad– es un factor importante en dichas medidas de progreso. Se toma como un hecho que la baja fertilidad es el resultado en parte de que las mujeres sacan provecho de las opciones mejoradas y a su alcance a través de la modernización. El nacimiento de bebés, al igual que el huracán *Mitch*, marca el tiempo de desarrollo.

En 1998, Honduras contaba con un índice de fertilidad total (TFR por sus siglas en inglés) de cerca de 4.4. Las predicciones oficiales de la ONU (United Nations Department of Economic and Social Affairs, Population Division 2001: 206) sostienen que Honduras no alcanzará un TFR de 2.1 –nivel de reemplazo– hasta en un momento determinado entre 2030 y 2035, lo que sitúa a Honduras (al momento del huracán *Mitch*) aproximadamente 32 y 37 años por detrás de la medida de modernidad demográfica, al igual que por detrás de la mayoría de sus vecinos latinoamericanos. La industria maquiladora representa los esfuerzos renovados y moralizados del gobierno hondureño y de las agencias de desarrollo internacional como USAID por mejorar los índices de desarrollo de Honduras, en especial a partir de *Mitch*. Los cuerpos de las mujeres, experimentados de forma fenomenológica en el individuo en vez de colectivamente, son el enfoque para sacar adelante esta iniciativa tanto en términos de producción como de reproducción.

La tensión entre la producción y la reproducción es el meollo de los miedos que prevalecen y que están relacionados con los cambios de género surgidos dentro de las maquiladoras en Honduras. Un ejemplo ilustrativo de dicha tensión puede apreciarse en una caricatura pintada a mano en un autobús urbano que recorre los centros maquileros de La Lima y San Pedro. En ella el gallo intenta hacer alarde de su masculinidad pero es socavado por el hecho de que la gallina es capaz, a diferencia de él, de (re) producirse y por lo tanto, de modo irónico, de la verdadera masculinidad (*huevos*).

¿Por qué el cambio de la reproducción a la producción es categorizado como una mejoría en la condición de las mujeres con el propósito de medir el progreso del desarrollo? Los demógrafos a menudo suponen que si las mujeres tienen menos hijos y trabajan para ganar dinero, controlan mejor sus opciones de fertilidad que dentro de un contexto a la inversa. Sin embargo, la mayoría de las mujeres que trabajan en las maquiladoras está sujeta a un estricto y directo control de su fertilidad. El embarazo es una gran amenaza para la productividad y genera un alto costo para los empleadores, que por ley están obligados a pagar bajas por maternidad. Cuando una joven aplica para obtener un empleo



Foto: Adrienne Pine

en una maquila debe someterse a una prueba de embarazo y después de un período de prueba de dos meses, durante el cual las recién contratadas reciben un salario reducido, debe hacerlo otra vez. No es contratada si el resultado de la segunda prueba es positivo. De este modo, su “período de entrenamiento” provee mano de obra barata para los patrones. Como me comentó el Dr. Zavela, médico de una maquila cholomeña: “La prueba de embarazo es la verdadera prueba para obtener el empleo”. Para evadir el pago de bajas por maternidad, los empleadores convierten el lugar de trabajo en un sitio tan inhóspito para la mujer embarazada que termina renunciado y, por lo tanto, perdiendo su indemnización por cese de empleo en caso de haber sido despedida.

En algunas fábricas, las mujeres son obligadas a tomar pastillas anticonceptivas y si se embarazan enfrentan la disyuntiva de tener el bebé o retener el trabajo. El Dr. Zavela me informó que la gerencia de una maquiladora aconseja a los doctores realizar abortos como una medida para reducir costos; además, las mujeres experimentan diversos problemas de salud relacionados con el trabajo, algunos de ellos afectan su salud reproductiva. En vez de ejercer un control creciente sobre su fertilidad, parece que las mujeres han intercambiado una serie de restricciones por otra en un evidente y violento ejemplo de distanciamiento de sus propios cuerpos.

La industria maquiladora es la primera industria en Honduras que emplea mujeres en cifras numerosas para trabajar como empleadas asalariadas. Estas mujeres han sido incorporadas a un sistema moderno de trabajo de ensamblaje repetitivo, dentro de un horario laboral regido por un reloj registrador. Para las trabajadoras este reloj registrador y las tarjetas registradoras personales representan una nueva forma de entender el tiempo (véase Thompson 1967). Los servicios sanitarios, el agua y los horarios de comida son breves y controlados de manera rigurosa. Así como se restringen los momentos de asueto durante el día de los y las empleadas, del mismo modo lo es su compromiso con el producto, lo que resulta en un distanciamiento del mismo. En la producción de una fábrica, una trabajadora puede coser la misma pieza de una camiseta cientos de veces al día, sin embargo, aprende una tarea pero no un oficio.

El énfasis en la limpieza, los horarios y la disciplina en las fábricas maquiladoras y en la retórica del desarrollo hondureño ha reemplazado los conceptos previos acerca de la mujer reproductiva con la imagen de una mujer productiva e higiénica, que elige con felicidad un estilo de vida moderno como trabajadora y consumidora en vez de la maternidad. Las mujeres se han liberado en términos de su limitado control de los recursos económicos, como afirma el conductor de taxi, pero esto se ha dado a costa de la aceptación de nuevas formas de control externo sobre sus cuerpos. Dentro de esta definición de liberación, el progreso de las mujeres no es medido ni en términos de la ampliación del rango de opciones de fertilidad ni a través del mejoramiento de las condiciones de vida, sino más bien a través del perfeccionamiento del consumismo.

DISCIPLINA Y RESISTENCIA

Una parte intrínseca de la “modernidad” es el control corporativo y gubernamental del tiempo y la fertilidad de las y los trabajadores, y la creación de una nueva clase de consumidores sin el tipo de poder económico que provoque cambios reales a gran escala en sus condiciones de vida. Puede ser que su poder de compra haya mejorado, pero no va de la mano con un mejor acceso individual a la educación, vivienda, servicios públicos o posibilidades futuras de empleo. El discurso que identifica a la mujer y a los pobres como obstáculos –aunque también elementos imprescindibles– para el desarrollo fomenta dicho control. Mientras que estos grupos sean culpados por los resultados de la violencia estructural, medidas de disciplina más severas serán la respuesta en vez de la realización de cambios estructurales (un acto de violencia simbólica).

En la industria maquiladora, los jóvenes y las jóvenes aprenden a disciplinar sus cuerpos para ir al baño, comer, dormir y trabajar al ritmo del reloj en lugar de guiarse por lo que sus cuerpos dictan. De este modo se convierten en “apéndice[s] de la máquina” que operan durante la mayor parte de sus horas cuando están despiertos (Marx & Engels 1988). Por supuesto que los cuerpos disciplinados son esenciales para lograr el éxito del capitalismo (Foucault 1995; Marx 1976; Willis 1981). Sin embargo, entre más exitosos sean los cuerpos de las mujeres en el capitalismo, más peligrosos se vuelven. Las mujeres maquiladoras confrontan estereotipos que las retratan como individuos propensos a la inmoralidad, a pesar del capital simbólico que obtienen a través del control de sus cuerpos. También representan una gran amenaza para los hombres al adoptar rasgos “masculinos”. Uno de esos rasgos es la rebeldía.

Mi amiga Rebeca trabajaba en una fábrica a mediados de la década de 1990 y a pesar de su deseo aparente de mantenerse al margen de la política, causó problemas. Un día tuvo que viajar a San Pedro Sula para exponer una queja ante el Ministerio del Trabajo, ya que su prima embarazada había sido forzada a trabajar casi hasta el punto de desfa-

llecer. En el ministerio le informaron que ese tipo de decisiones estaba en manos de la gerencia. Rebeca me dijo que estaba segura que sus jefes sobornaban al Ministerio del Trabajo.

Es un hecho que en el Ministerio del Trabajo pululan los conflictos de intereses y la corrupción. A los funcionarios les ofrecen a menudo lucrativos puestos gerenciales en la industria maquilera cuando salen del Ministerio: un poderoso desincentivo para la regulación efectiva mientras son empleados del Gobierno. Un informe del Departamento de Estado estadounidense descubrió que los inspectores del Ministerio del Trabajo, quienes se encargan de certificar las elecciones en los sindicatos de Honduras, habían vendido los nombres de los organizadores sindicales a las compañías para que éstas pudieran despedirlos antes de que las elecciones fueran certificadas. De este modo, las compañías pudieron destruir el sindicato antes de que obtuviera el reconocimiento legal (us State Department 2000: 18). La corrupción en el Ministerio del Trabajo –una parte esencial de la violencia estructural que define la maquiladora– también fue un factor determinante durante la exitosa represión que el Gobierno y la industria ejercieron contra la “Plataforma de Lucha” para la democratización de Honduras impulsada por los sindicatos de maquiladoras y otras organizaciones de izquierda entre 1989 y 1993 (Frundt 1999).

A Rebeca al final la despidieron después de organizar una protesta en contra de las demandas de trabajo sin pago extra durante la Semana Santa (días que cuentan como horas extras y pago doble). “Me acusaron de ser sindicalista, pero no tenía nada que ver”, expresó. Rebeca había resistido públicamente el trato injusto en varias ocasiones, pero minimizaba dichas acciones al relatórmelas. En sus narraciones favorecía las explicaciones que combinaban la explotación gerencial con la inhabilidad de los hondureños para innovar o tomar iniciativas. La culpa, según ella, no fue la violencia estructural sino el carácter del pueblo. “Aquí somos igualados”, dijo.

Dos hijas de Rebeca, Vanesa y Dulce Cristina, también trabajaron en las maquilas. Cuando su padre, el esposo de Rebeca, se volvió adicto al crack y dejó a la familia en la pobreza extrema en 1999, Vanesa dejó la escuela secundaria y se fue a trabajar a una maquila cercana. Por un breve período en el año 2000, Dulce Cristina, aún siendo menor de edad, tomó prestada la identificación de Vanesa para trabajar en una fábrica de San Pedro Sula, pero tuvo que dejar el empleo porque su jefe la acosaba sexualmente hasta el punto en que ya no pudo tolerar más el ambiente laboral.

Vanesa contaba con muchas amigas en el trabajo y lo disfrutaba a pesar de una serie de experiencias traumáticas que tuvo que soportar como trabajadora en la maquila. Primero se desempeñó como operaria en una fábrica de nombre “Cheil” en la zona industrial procesadora ZIP Continental. Ahí cosió camisetas para GAP y otras marcas.

Las fábricas que subcontratan para producir artículos para distribuidores como GAP hacen posible que esas corporaciones ignoren los abusos que ocurren durante el proceso de manufactura. La subcontratación es una práctica global dentro de la industria textil y en Honduras tiene una larga historia. Después de la famosa huelga bananera de 1954, las tres grandes compañías bananeras evitaron ser dueños directos de las plantaciones y más bien subcontrataron a productores locales, quienes como Dana Frank afirma “absorbían los riesgos y tenían que satisfacer los estrictos controles de los estándares de calidad –además de ayudar a las transnacionales a evadir su responsabilidad con los trabajadores” (Frank 2005: 10; Reynolds 2003). Lo mismo sucede con la industria maquilera. Los distribuidores estadounidenses, ansiosos por desvincularse de futuros escándalos como el de Kathie Lee Gifford, se protegen a sí mismos con códigos de conducta. Estos documentos detallan reglamentos oficiales para subcontratistas y cubren desde aspectos éticos, asuntos relacionados con los salarios, los servicios de salud y otros beneficios, hasta trabajo infantil, trabajo forzado y estándares ambientales. No cuentan con mecanismos de coacción. Cuando visité la fábrica Yoo Yang en 1997, una copia enmarcada del código de conducta de Phillips-Van Heusen estaba colgada de manera inofensiva en la sección ejecutiva, en donde las y los trabajadores tenían prohibido el acceso.

Vanesa comenzó a trabajar en Cheil en agosto de 1999. En junio y principios de julio de 2001, aunque nadie sabía con seguridad, empezaron los rumores sobre el posible cierre de Cheil. La fábrica ya estaba en bancarrota, pero no había informado nada al respecto a las y los trabajadores. La gerencia se había retrasado varias semanas en el pago de una bonificación para sus empleados. Dicha bonificación se conoce como el *catorceabo* y la ley hondureña la exige. Un sin número de veces, Cheil les aseguró a sus trabajadores que les pagaría la semana entrante con el único propósito de postergar la fecha de pago. Después de una acción laboral a principios de julio, Cheil accedió a pagar a sus trabajadores el 21 de ese mismo mes. Aquel día, las y los 980 trabajadores llegaron esperando encontrar los portones abiertos a las 6:45 a.m. como de costumbre, pero para las 9:00 a.m. los portones seguían cerrados (Comisionado Nacional de Derechos Humanos 2001; Chang 2001). Todo el mundo intentaba enterarse de lo que ocurría. Me dijo Vanesa: “Imagínese... había mujeres llorando, madres solteras que no tenían dinero para dar de comer a sus niños”.

También me contó que más tarde llegó una abogada y les comunicó que iba a ayudarlos. Como los dueños habían abandonado la fábrica con todo y equipo, la abogada les dijo que intentaría obtener posesión legal de la maquinaria a

favor de los trabajadores y que después la venderían para otorgar el dinero a los trabajadores. “Nos hizo firmar cosas”, me contó Vanesa, “y desde entonces seguimos firmando cosas, pero no hemos visto ni un centavo”. Vanesa y sus amigas de la fábrica trataron de contactar a la abogada posteriormente, pero no les regresaba sus llamadas. Al final, concluyeron que las habían estafado. La abogada de hecho sí tomó posesión de los bienes materiales de la fábrica y los vendió, pero las y los trabajadores no recibieron nada. El 8 de marzo de 2002, protestaron frente al despacho de la abogada en Tegucigalpa para exigir el dinero de la venta de los equipos y del terreno de Cheil (Fernández & Chaves 2005: 133). Había personas a quienes se les debía hasta 9 000 lempiras sólo de *catorceabo*, me relató Vanesa. A ella le debían 1 500 lempiras de *catorceabo*, 1 000 de salario y 13 000 en prestaciones; aproximadamente 900 dólares americanos en total.

Vanesa y sus colegas de trabajo confiaron en una abogada que no veló por sus intereses. Contratar asistencia legal privada es una de las tácticas disponibles para las y los trabajadores que enfrentan violencia laboral. Otra táctica es acudir a organizaciones de derechos humanos para entablar demandas en contra de las fábricas (las cuales a menudo sólo reenvían las quejas al Ministerio del Trabajo), o levantar una demanda directamente en el Ministerio del Trabajo. Todas estas opciones requieren que las y los trabajadores confíen en la honestidad y habilidad de representantes externos que abogarán por ellos, ya que carecen ellos mismos del capital social y cultural para tener éxito en los canales reglamentarios y legales institucionalizados. Como en los casos de Rebeca y Vanesa, confiar en el apoyo de extraños es contraproducente en la mayoría de los casos.

Diversas ONG locales también ofrecen sus servicios a las trabajadoras de las maquiladoras. Desafortunadamente, estas organizaciones a menudo están sujetas a los intereses del financiamiento internacional y promueven proyectos de desarrollo por encima de la solidaridad política. En una entrevista con una representante de una organización de mujeres, me afirmó que su grupo había cerrado su oficina en Tegucigalpa porque había “demasiada competencia”. Miembros de grupos de mujeres que se enfocaban en agendas individuales en detrimento de la estructura por satisfacer las órdenes del donante, me expresaron frustración repetidas veces. Como una amiga operaria me dijo en relación a un grupo de mujeres que dejó enojada porque carecía de una agenda política abierta: “Me cansé de tanta autoestima”.

Las y los trabajadores con frecuencia se encargan ellos mismos de la resistencia de manera más directa. Algunas veces utilizan “las armas de los débiles” (Scott 1986) como el sabotaje y el robo. También participan en la resistencia organizada. La campaña de Rebeca, aunque argumente que no se trataba de sindicalización, ciertamente encajan en esta categoría. Tanto antes de contratar a la abogada como después de haber sido engañadas, Vanesa y sus compañeras de Cheil también se involucraron en acciones colectivas.

Las trabajadoras maquiladoras han organizado sindicatos en varias fábricas con la ayuda de federaciones laborales fundadas a lo largo de los años por las y los trabajadores de distintos sectores de la industria bananera, como Sitratenco (Unión de Trabajadores de la Tela Railroad Company, fundada después de la huelga bananera masiva de 1954) y su vástago más radical, Cosibah (la Coordinadora de Sindicatos Bananeros y Agroindustriales de Honduras, fundada en 1994). Como muestra Dana Frank (Frank 2005), los sindicatos de maquiladoras pueden de modo explícito integrar el trabajo de las activistas feministas para combatir la violencia contra la mujer tanto doméstica como política, con luchas exitosas en contra de la globalización corporativa (Armbruster-Sandoval 2003; Eden 2004).

Sin embargo, la lucha sindicalista que más destaco en la pasada década —la de la fábrica Kimi en ZIP Continental—, demuestra lo difícil que una lucha puede ser para las y los trabajadores incluso cuando cuentan con el respaldo de una amplia coalición internacional. Tras una campaña de varios años —conducida por los trabajadores— y triunfos sindicales importantes, descritos de modo explícito en un artículo de Armbruster-Sandoval, la compañía cerró sus puertas abrupta e ilegalmente, dejando a sus trabajadores plantados. Sus propietarios no sufrieron ninguna repercusión (Armbruster-Sandoval 2003). Aunque fueron muy listos al hacer valer sus derechos, las y los trabajadores de Kimi descubrieron que su poder terminaba en los muros de la fábrica.

Las maquiladoras causan un efecto profundo en la vida hondureña. Ofrecen a los hondureños una solución disciplinada y modernizadora ante la violencia callejera que prevalece. En el contexto de la producción industrial, las y los empleados maquiladores experimentan una violencia mucho más ordenada en comparación con la que enfrentan en los medios, en las calles y en sus hogares de manera cotidiana. Aunque la ropa que producen está destinada a cuerpos ajenos, el proceso de producción tiene un impacto único sobre sus cuerpos, tanto en la reproducción biológica como en la reproducción cultural. La violencia de las maquilas, dentro de un contexto de violencia estructural, entrena los cuerpos de las y los trabajadoras en la repetición y bajas expectativas, creando un distanciamiento que se extiende más allá del espacio laboral. El cuerpo productivo de la mujer choca con las ideologías del cuerpo reproductivo; ese choque ha creado nuevas masculinidades y feminidades que se pueden describir como violentas, modernas y, a la

vez, liberadoras. Y a pesar de las ideologías de género, de la violencia del trabajo en la maquila y de la creciente tasa de mortalidad, las y los jóvenes hondureños siguen buscando la forma, ya sea por consumismo, reproducción o lucha social, de liberarse.

BIBLIOGRAFÍA

- Anónimo 1996a - Distinta marioneta. *La Prensa*, 1° de mayo.
- Anónimo 1996b - Non Grato. *La Prensa*, 16 de junio.
- Anónimo 2008 - Según la AHM: Repuntan exportaciones de prendas de vestir. *El Tiempo*, 26 de junio: 8.
- Armbruster-Sandoval, Ralph 2003 - Globalization and Transnational Labor Organizing: The Honduran Maquiladora Industry and the Kimi Campaign. *Social Science and History* 27: 551-576. Amherst.
- Asociación Hondureña de Maquiladores 2004 - *Statistics: El Tejedor Magazine*. http://www.ahm-honduras.com/tejedor_english/Estadisticas.html (Accessed December 12, 2008).
- Banco Central de Honduras 2003 - *Indicadores económicos*. Banco Central de Honduras.
- Bourdieu, Pierre & Loïc J. D. Wacquant 1992 - *An Invitation to Reflexive Sociology*. University of Chicago Press, Chicago.
- Bourgois, Philippe I. 2003 - *In Search of Respect: Selling Crack in El Barrio*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Boyer, Jefferson C. & Aaron Pell 1999 - Report on Central America: Mitch in Honduras, a Disaster waiting to happen. *NACLA Report on the Americas* 33: 36-43.
- Braudel, Fernand 1972 - History and the Social Sciences. In Peter Burke (ed.), *Economy and Society in Early Modern Europe*. Harper Torchbooks, New York.
- Butler, Judith 1997 - *The Psychic Life of Power: Theories in Subjection*. Stanford University Press, Stanford, CA.
- Central Intelligence Agency 2008 - CIA World Factbook, Honduras. <https://www.cia.gov/library/publications/the-world-factbook/geos/ho.html> (Accessed December 15, de 2008).
- Chang, Se-moon 2001 - Story of An Old Man Who Drowned. *Korea Times*, November 12.
- Comisionado Nacional de los Derechos Humanos 2001 - Maquila de coreanos se marcha y deja mendingando a mil obreros. *Boletín Informativo*, 26 de julio.
- D'Ans, André-Marcel 1998 - *Honduras: emergencia difícil de una nación, de un estado*. Renal Video Producción, Tegucigalpa.
- Eden, John 2004 - Honduras: Avanzada sindical en las maquilas. In Natacha David (ed.), *Detrás de la etiqueta: las condiciones de trabajo y los derechos sindicales en las zonas francas industriales*: 40-43. International Confederation of Free Trade Unions.
- Escobar, Arturo 1995 - *Encountering Development: The Making and Unmaking of the Third World*. Princeton University Press, Princeton, N.J.
- Farmer, Paul 2005 - *Pathologies of Power: Health, Human Rights, and the New War on the Poor: With a New Preface by the Author*. University of California Press, Berkeley.
- Fernández, Martín & Juan Chaves 2005 - Región Norte, Honduras. *OSAL, Revista del Observatorio Social de América Latina* 132-135. Buenos Aires.
- Fernández-Kelly, María Patricia 1983 - *For we are Sold, I and my People: Women and Industry in Mexico's Frontier*. State University of New York Press, Albany.
- Foucault, Michel 1995 - *Discipline and Punish: The Birth of the Prison*. Vintage Books, New York.
- Frank, Dana 2005 - *Bananeras: Women transforming the Banana Unions of Latin America*. South End Press, Cambridge, MA.
- Frundt, Henry 1999 - Cross-Border Organizing in Apparel: Lessons from the Caribbean and Central America. *Labor Studies Journal* 24: 89-106.
- Kristof, Nicholas D. 2006 - In Praise of the Maligned Sweatshop. *The New York Times*, June 6 http://select.nytimes.com/2006/06/06/opinion/06kristof.html?_r=1 (Accessed December 12, 2008).
- Lafferty, Elaine 1998 - Back to Honduras. *The Nation* 7, 24.
- Leo Grande, William M. 1998 - *Our Own Backyard: The United States in Central America, 1977-1992*. University of North Carolina Press, Chapel Hill, NC.
- Marx, Karl 1976 - *Capital: A Critique of Political Economy*. Penguin Books, New York.
- Marx, Karl & Friedrich Engels 1988 - Estranged Labour. In *Economic and Philosophic Manuscripts of 1844, Great books in philosophy*. Prometheus Books, Amherst, N.Y.
- Méndez, Jennifer Bickham 2005 - *From the Revolution to the Maquiladoras: Gender, Labor and Globalization in Nicaragua*. Duke University Press, Durham.
- Meza, Víctor & Centro de Documentación de Honduras 2002 - *Corrupción y transparencia en Honduras*. Centro de Documentación de Honduras, Tegucigalpa, Honduras.
- Moncada Valladares, Efraín 1996 - Las dos caras de la maquila en Honduras. *Revista centroamericana de economía* 2: 182-276. Tegucigalpa.
- Núñez de Reyes, Gabriela & Emin Barjum M. 1999 - Honduras Letter of Intent and Memorandum of Economic Policies. <http://www.imf.org/external/np/loi/1999/031099a.htm> (Accessed December 12, 2008).
- Observatorio de la Violencia 2008 - *Boletín enero-diciembre 2007*. Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), Tegucigalpa.

- Ong, Aihwa 1988 - The Production of Possession: Spirits and the Multinational Corporation in Malaysia. *American Ethnologist* 15: 28-42. Hoboken.
- Pine, Adrienne 2008 - *Working Hard, Drinking Hard: On Violence and Survival in Honduras*. University of California Press, Berkeley.
- Raynolds, Laura T. 2003 - The Global Banana Trade. In Steve Striffler & Mark Moberg (eds.), *Banana Wars: Power, Production and History in the Americas*: 23-47. Duke University Press, Durham.
- Salzinger, Leslie 1997 - From High Heels to Swathed Bodies: Gendered Meanings under Production in Mexico's Export-Processing Industry. *Feminist Studies* 23: 549-574. Westchester.
- Scheper-Hughes, Nancy 1982 - Small Wars and Invisible Genocides. *Social Science and Medicine* 43: 889-900. Amsterdam.
- Scheper-Hughes, Nancy & Philippe I. Bourgois 2004 - *Violence in War and Peace: An Anthology*. Blackwell Publishers, Malden, MA.
- Scott, James C. 1998 - *Seeing like a State: How Certain Schemes to Improve the Human Condition have Failed*. Yale University Press, New Haven.
- 1986 - *Weapons of the Weak: Everyday Forms of Peasant Resistance*. Yale University Press, New Haven.
- Secretaría de Industria y Comercio 1999 - *Vigésima encuesta permanente de hogares septiembre 1988*. Dirección General de Estadísticas, Programa de Encuesta de Hogares, Comayagüela, Honduras.
- Sklair, Leslie 1989 - *Assembling for Development: The Maquila Industry in Mexico and the United States*. Allen & Unwin Pty., Limited, Australia.
- Thompson, E. P. 1967 - Time, Work-Discipline and Industrial Capitalism. *Past and Present* 38: 56-97. Oxford.
- Tiano, Susan 1994 - *Patriarchy on the Line: Labor, Gender, and Ideology in the Mexican Maquila Industry*. Temple University Press, Philadelphia.
- U.S. State Department 2000 - *Country Reports on Human Rights Practices for 1999: Honduras*. Bureau of Democracy, Human Rights and Labor.
- United Nations Department of Economic and Social Affairs, Population Division 2001 - *World Population Prospects: The 2000 Revision Comprehensive Tables*. United Nations Publications, New York.
- Weber, Max 1976 - *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*. 2^a ed., Allen & Unwin, London.
- Willis, Paul E. 1981 - *Learning to Labor: How Working Class Kids get Working Class Jobs*. Columbia University Press, New York.